

RICARDO SUMALAVIA

MIENTRAS
HUYA EL
CUERPO


CASA DE CARTÓN

**MIENTRAS HUYA
EL CUERPO**

Ricardo Sumalavia

**MIENTRAS HUYA
EL CUERPO**



CASA DE CARTÓN

© Ricardo Sumalavia, 2012

Autor representado por Guillermo Schavelzon & Asoc.

Agencia Literaria

© Editorial Casa de Cartón S. L., 2013

Editorial Casa de Cartón

editorial@casadcarton.es

www.casadcarton.es

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Mayo 2013

ISBN: 978-84-940478-8-6

Depósito Legal: M-10803-2013

Printed in Spain

Imprenta Print-House

A mis hermanas

Yo muero, Lisi, preso y desterrado;
pero si fue mi muerte la partida,
de puro muerto, estoy de mí olvidado.

FRANCISCO DE QUEVEDO

Mientras huya el cuerpo

Apolo hurgó en el fondo del tarro de cocoa y lo que halló fue un pegote, una costra marrón que la humedad y el frío le habían dejado esa mañana. Ni para una mísera taza, se dijo. Cada vez se terminaba en menos tiempo. Y no porque su consumo se hubiera incrementado últimamente. Él seguía viviendo solo y, lo tenía muy claro, no esperaba que esta situación cambiase. Le bastaba con las visitas regulares a Zulema.

La cocoa se acababa con rapidez por otra razón, una banal: él adquiriría un envase cada vez más pequeño. Los médicos se la habían prohibido. Era importante que tomara la leche sola. La úlcera, su úlcera, a sus cincuenta años, no toleraría más saborizantes. Más de una ocasión tuvo que tomar un taxi y retorcerse en el asiento trasero o permanecer combado mientras era llevado a Emergencias. Recordaba aún la noche en la que perdió el conocimiento cuando supuestamente se recobraba de los efectos de una inyección de calmantes que le habían aplicado. Su presión había descendido estrepitosamente y, de pronto, su visión se cerró hasta un punto diminuto, como si se tratara del obturador de una antigua cámara fotográfica. Se despertó en una de las bancas de la sala de espera. Solo.

Pero es indudable, por otro lado, que uno no puede abandonar ciertos hábitos así como así. Desde niño su madre le había servido la leche con cocoa y a él siempre le había gustado. No podía ir contra esa costumbre. Como tampoco se pudo exigir que el café le atrajera. Y eso que lo intentó. Igualmente, cuando su úlcera fue diagnosticada, se

obligó a distintas estrategias para dejar la cocoa. En la última pensó que se olvidaría de ello a medida que se acabara el contenido del tarro. Así, del envase de 400 gramos pasó al de 200, luego a un sobre de 100, hasta llegar a un delgado sobre de 50 gramos. Lo único que esto cambió fue su rutina de caminatas hacia la tienda de abarrotes. Iba casi a diario. No hubo vuelta atrás. La leche la seguiría tomando con cocoa, con úlcera o sin ella, y a la mierda con las órdenes del médico.

De igual modo, tampoco alteró la costumbre matinal de enfundarse las correas al cuerpo y colocar su revólver en su estuche, cerca a su corazón, sin importar que había sido echado de la Policía varios años atrás.

La única persona que le pudo haber reprochado portar todavía esa arma era Zulema. No fue el caso. Ella lo admiraba y le gustaba verlo con esas correas de cuero ceñidas a su torso. No sería ella, por tanto, quien le dijera nada al respecto. No haría nada para que él se viera a sí mismo de otra manera, para que sea otro. No ella. Solamente se atrevía a seguir llamándolo «mi querido teniente Apolo». Solo ella mantenía el respeto por su pasado en la Policía, y rechazaba todo aquel chismorreó sobre él. «Todos nos hemos mojado por igual con las cosas que sucedieron en este país», le insistía Zulema para reconfortarlo. «Pronto pasará». Era bueno escucharlo a pesar de no ser cierto. Por eso Apolo le respondía dejando caer sus hombros, para después traerla hacia sí y abrazarla, como ella esperaba que él hiciera. Luego, esta mujer se empinaba y le daba un beso en la frente para que su Apolo se cerciorara de que no había nada que cambiar. Él, como muchos otros de sus compañeros, fue dado de baja de la Policía Nacional. Hay que hacerlo, le dijeron. Y él aceptó porque tenía que aceptar; porque le tocó a él; porque simplemente no pueden expulsar a todos. Era la explicación que se repetía poco antes de sonreír y abrazar más fuerte a Zulema.

Al menos no padeció lo mismo que los otros. Él no tuvo procesos judiciales por abusos ni otras irregularidades que la prensa ya se atrevía a detallar diariamente. Nadie lo delató. Tampoco tuvo que buscar trabajo de inmediato para mantener a una familia. Su esposa y sus hijos, todos ya adul-

tos y casados, vivían en Estados Unidos. Eran ellos los que con regularidad le enviaban dinero, así él nunca lo pidiera ni agradeciera. Estaba Zulema, hay que decirlo, pero ella no aceptaba ni una moneda de él. Tenía su vida hecha con la crianza de sus dos hijos pequeños, su limitada pensión de viudez y la tienda de abarrotes que abastecía a todos, empezando por la cocoa que le vendía rigurosamente a su teniente Apolo.

Fue por esa causa que él continuó solo, obstinado; que no buscó trabajo, que rechazó ser guardaespaldas de políticos o empresarios, guardia de seguridad en alguna fábrica o formar parte de alguna banda de secuestradores o asaltantes. Cada vez que recibía estas propuestas solía responder lo mismo a sus ex-compañeros: «Ya no estoy para esos trotes, hermano». Se conformaba con permanecer en un viejo despacho subarrendado cerca de la avenida Alfonso Ugarte, leyendo sus viejas revistas pornográficas, las cuales guardaba debajo de los cojines de un destartado sillón que utilizaba para hacer la siesta o atender a sus clientes. Y también contemplaba la reproducción de un cuadro de Diego Velázquez, *La Venus del espejo*, aunque él no supiera de quién se tratara. La había comprado en un puesto de revistas y afiches. En algún lado había leído que era recomendable poner un cuadro como ese y tener un sillón, ya que de ese modo propiciaba mayor confianza y las confesiones llegaban fácilmente. Allí recibía entonces los eventuales encargos de seguimiento de maridos y mujeres infieles y, a estas últimas, pero sobre todo a las engañadas, regularmente impulsado por un súbito deseo, terminaba por poseerlas en medio del chirriar de los resortes de su viejo sillón.

Un testigo afirmó que alrededor de las 6 de la tarde, vio salir a la joven pareja de ese bar. El sujeto estaba exaltado y no cesaba de gritarle a la mujer. El testigo dijo que no comprendió lo que se decían. Ella era más joven que él, precisó. Cruzaron la calle. En realidad, fue ella la que cruzó

primero, evidentemente enojada por lo que el hombre le había dicho. Ella iba delante, sin decir nada, como si pensara hacia dónde huir. De pronto, él sacó un cuchillo que llevaba al cinto y se lo incrustó por la espalda repetidas veces. Algunos transeúntes empezaron a gritar, otros observaban pasmados. Fue a la décima cuchillada cuando ella se desplomó, ya sin vida. El sujeto dijo algo que nadie entendió y se llevó la punta del cuchillo al pecho y lo presionó contra su corazón. Estuvo así unos segundos, quieto, hasta caer de rodillas y quedar luego junto a la mujer, tendido en el suelo, convulsionando. Él se llamaba Braulio, lo habían reconocido unos vecinos del lugar, y murió media hora después, en la ambulancia. Ella fue llevada a la morgue y la registraron como «No Identificada». Por más que preguntaran a los testigos, nadie quiso decir que ella se llamaba Rebeca.

—Ya no estoy para esos trotes, señora.

—Usted puede hacerlo, don Apolo.

A él le gustó eso de «don Apolo». Contuvo la sonrisa, pues no era el momento de dibujarse una en el rostro.

—Ahora yo me ocupo de otros casos. Además, usted ya sabe que quien mató a su hija fue ese Braulio... ¿Braulio qué?

—Braulio Zevallos.

—Eso: Braulio Zevallos. Como usted me dice, todos vieron a su hija discutir con él. Todos sabían que ellos vivían juntos. No voy a decirle que sea común que los maridos acuchillen a sus mujeres. Usted sabe que no es así. Lamentablemente lo sucedido tampoco es un caso excepcional.

—Usted no entiende, don Apolo —esta vez él no pudo evitar mostrar una sonrisa—. Ellos se querían mucho y no peleaban nunca. Algo extraño tuvo que pasar. Esto se lo dije a los policías. Una y otra vez. No me quieren escuchar. Dicen que es caso cerrado.

—Lo mismo le digo yo.

—Solo le pido que averigüe qué pasó. Y si se le pierde una bala en la cabeza del responsable le estaré agradecida. Ahora tengo que criar a un nieto, mi muchacho, y lo quiero hacer tranquila.

—Señora, qué le puedo decir...

—Piénselo un ratito. Entretanto déjeme traerle un café.

—Le agradecería que mejor me diera una taza de leche con cocoa. La úlcera... Usted entiende.

De cualquier modo, pensaba Apolo mientras caminaba hacia el apartamento de Rebeca y Braulio, quien encerraba algún misterio era ella. Ya había hecho algunas llamadas y nadie estaba muy cómodo con dar detalles de la vida de esta joven. Ese temor a hablar, a delatarla por algo, no proveniría solo de ella, pensó. Lo normal es que en estas situaciones se tenga miedo a las represalias del marido; pero este ya estaba bien muerto. Eso significaba que hay, o hubo, un tercero. De vuelta a los casos de infidelidad, se dijo. No tendría por qué haber complicaciones entonces. El amante debe ser algún hijodeputa de la zona. Lo suficientemente maldito para que Braulio haya preferido matar a su mujer y luego matarse él antes que enfrentarse a quien le puso los cuernos. Ya está resuelto. Ahora falta ponerle nombre al tipo ese y decírselo a la señora. No tengo por qué gastar balas. La diferencia con sus otros casos, concluyó Apolo, es que esta vez no se iría al sillón con la infiel.

Llegó a la entrada del edificio provisto de ese buen humor que resultaba de un razonamiento tan simple. Sabía que ya no tendría por qué entrar, que era suficiente con presionar a alguna amiga de Rebeca, lo mínimo en este caso, hasta que suelte el nombre del amante. Esas técnicas él las conocía muy bien. Incluso dentro de sus cotidianas pesadillas las había ido perfeccionando. Pero ya había llegado a este lugar y prefirió continuar. Desde joven había guardado curiosidad por ver los objetos de los muertos. Recordó que Zulema aún guardaba algunas pertenencias de

su marido. Apolo no lo conoció, no como marido de Zulema. Sabía que había pertenecido a la Guardia Civil y que fue uno de los policías desaparecidos cuando hubo la huelga organizada por ellos mismos en febrero del 75. Apolo se preguntaba si en algún momento se habría enfrentado a él, como sucedía antes entre los de la Policía de Investigaciones y la Guardia Civil, o simplemente, quién sabe, a lo mejor se habrían cruzado por la calle y saludado con un movimiento de cabeza, un rápido gesto entre conocidos, y le habría preguntado la hora o pedido fuego, y ahora ese reloj o ese encendedor utilizados los tendría Zulema en algún pequeño cofre junto con sus propias joyas.

Se dirigió al apartamento. Ese edificio era como el suyo: sin ascensores. Tomó las escaleras. «Ya llego, ya llego», se decía mientras tomaba un poco de aire en el rellano entre el tercero y cuarto piso. Fue durante esta leve agitación cuando pasaron cerca a él dos hombres que descendían. Si bien semejaban sombras en esa escalera sin iluminación, él los reconoció al instante. Habían pertenecido a la Policía, a su comandancia, y, como a él, habían sido expulsados por el mismo escándalo. Ya fuera del servicio, ellos, Apolo lo sabía muy bien, organizaron una banda de secuestradores. Pese a reconocerlos, por unos segundos creyó que todos aún eran Policías, como antes, como creyeron que lo serían hasta el final. Esto explica su torpeza, su distracción para no tener el tiempo de reaccionar cuando los dos sacaron sus armas y lo encañonaron directo a la cabeza.

—¿Por qué usted, teniente Apolo?

—¿Por qué ustedes? —replicó él.

La respuesta fue un golpe en la cabeza.

Al volver en sí se descubrió amarrado a una silla, desnudo, dentro de una habitación, de la habitación que había pertenecido a Braulio y Rebeca. Se veía todo ordenado, como si hubieran realizado la limpieza ese mismo día. Apolo parpadeó unas cuantas veces más y pudo fijar la

mirada en la puerta que se abría. Los dos hombres entraron. Uno de ellos sostenía una bolsa con algunos objetos dentro.

—¿Qué quiere que le diga, mi teniente? —dijo el de la bolsa con una voz que todavía le sonaba a cuartel de policía—. He venido por unos recuerdos. No me queda más de Rebeca... Sé que no le interesa que yo me ponga romántico, ¿no es cierto? Si usted fuera el huevón de Braulio, lo reventaría a balazos. El muy maricón...

—¿Y ahora? —se atrevió a preguntar Apolo.

—Ahora nada, mi teniente. Usted sabe que yo salía con la Rebeca. ¿Y? ¡Nada! ¡Ni mierda que hacer! ¿Qué carajo puedo vengar?

—Entonces estamos sobrando todos en esta casa.

—Usted lo ha dicho, mi teniente. Nosotros a lo nuestro y usted a lo suyo. Y será mejor que tomemos distancia.

Tras decir esto el de la bolsa dio indicaciones al otro para que lo amordace.

—Éramos de la misma institución, mi teniente. Y no seré yo quien lo enfríe. Al menos no ahora. Así que se quedará aquí. Acompañando a las almas. Si tiene suerte y Dios lo escucha, ya vendrá alguien por usted.

Los hombres salieron no sin antes cuadrarse ante él y llevarse las manos a un lado de la frente, despidiéndose marcialmente. «Locos de mierda», pensó Apolo. Ellos cerraron la puerta de la habitación y rompieron la manija. Después, pudo escuchar el ruido de las llaves girando en la cerradura de la puerta principal. Procuró no moverse. No tendría sentido que gastase sus pocas fuerzas tratando de liberarse. Era obvio que lo habían maniatado como se debía. Y su ropa tampoco la iba a encontrar tan fácilmente. Paseó la mirada nuevamente por la habitación. Observó un tocador al lado derecho y se vio reflejado en un espejo oval, con algunas estampas de santos y oraciones sujetas a los bordes. Les guiñó un ojo, les pidió disculpas por su desnudez y les rogó que lo sacaran de esta. Les prometió visitas en las capillas y alguna placa de agradecimiento. Enseguida se aburrió de hacer ofrecimientos y hablar mentalmente con estos santos. Giró la cabeza hacia el lado izquierdo y vio detenidamente una cómoda. Varios de los cajones habían perdido los tiradores y se imaginó las incomodidades diarias al tener que

abrirlos. Él tenía una parecida en su habitación, algo más pequeña, más vieja y con menos tiradores. En su caso, sobre su cómoda no había nada, salvo el pequeño retrato de su hijo, muerto cuando tenía nueve años. Apolo le había colocado una delgada cinta negra que cruzaba una de las esquinas de la fotografía.

En esta habitación, sobre esta cómoda, mientras continuaba atado en aquella silla, veía diminutas cajas musicales, muñecos de peluche y varios retratos familiares. Se detuvo en uno que tenía un ridículo marco de flores de plástico. En él se mostraba a Rebeca y a Braulio mirando al objetivo de la cámara, sonrientes. Ambos juntaban sus mejillas. Curiosamente, el fondo de la fotografía era la propia habitación. Ellos habrían posado justo donde él estaba, a pocos pasos de una cama amplia. «Si ustedes me sacan de aquí, les pongo una placa de agradecimiento que será la envidia de todos», les dijo. Súbitamente pensó que habría sido el hijo de ella quien tomó la fotografía. Seguro él les habría pedido que juntaran sus rostros, que sonrieran, que aguardaran un segundo a que la luz del flash los ciegue, y luego las risas. Apolo los miró en la fotografía y pidió que el muchacho sintiera nostalgia y viniera con su abuela por las cosas de su madre. Recuperar esa fotografía e impregnarse todavía con el olor de este apartamento. Madera húmeda mezclada con perfumes baratos y frituras que fueron invadiendo cada rincón. Todo esto se puede extrañar, se dijo Apolo. Eso lo salvaría. Este razonamiento lo llevó a pensar en Zulema. Ella comenzaría a necesitar verlo. ¿Y cómo lo encontraría? Nuevamente se vio y se reconoció en el espejo. «Pronto pasará», recordó que le decía ella, e intentó concentrarse en esto.

No pudo.

No logró convocar otros recuerdos.

En cambio le sobrevino un fuerte dolor en la boca del estómago, un fagonazo que lo obligó a apretar los dientes y a cerrar los ojos.

No recuerdo exactamente por qué decidí llamarlo Apolo. La referencia mitológica era lo que menos tenía en mente durante la redacción de este cuento. De cualquier manera, este nombre, en realidad un apelativo en el caso de mi personaje, era mucho mejor que llamarlo Apolinario, nombre real de quien tomé por modelo. Hacía buen tiempo que pretendía escribir algo que partiera de él, de Apolinario. Digamos que esa idea me empezó a rondar a poco de conocerlo, en el verano de 1986. Igual que Apolo, él perteneció a la antigua Policía de Investigaciones del Perú. En ese entonces solo bastaba con decir que era un PIP o, más comúnmente, en las propias calles, «un raya». Es lo que repetía un amigo de la escuela cada vez que le preguntaban por el oficio de su padre: «Mi padre es un raya». En mi familia nunca hubo «rayas». Mi madre solo repetía que en casa teníamos «rayados», aludiendo a mi padre y mis hermanos, que eran algo tarambanas.

Esta aclaración no tendría ningún sentido si no fuera porque todo esto es parte de una historia que muchos preferirían clausurada. Ahora ya no se puede llamar o reconocer a nadie como un PIP. No existen. Todos, como Apolinario, fueron reasignados a lo que pasó a llamarse Policía Nacional. Como era de esperarse, no hubo ningún entusiasmo en estos cambios. Quizás alguno creyó que de este modo se borraban antiguos errores. «Una manera de desaparecer y reaparecer, como hacen los magos», solía bromear Apolinario. «Siempre con aplausos», continuaba él. Pero no fue así. Muchos de ellos, al final del gobierno de Alberto Fujimori, fueron literalmente echados de la Policía. Todos desaparecieron en un único acto.

En la época en que decidí escribir sobre este personaje, yo me encontraba bastante involucrado con el tema de la novela policial. En verdad, debo precisar, además de leer novelas policiales como el promedio de los lectores, mi conocimiento sobre ese tema era meramente teórico, lo necesario para redactar algunos artículos, participar en algunos congresos y viajar otro tanto. Para lo que venía escribiendo por esos años, me refiero a mis cuentos, nada estaba más alejado de ese género. Pero existía Apolinario. El personaje, o la fuente de este, estaba allí, tangible, inamovible en mi vida familiar. Fue en el verano de 1986 cuando él inició una relación con mi recién enviudada y joven suegra. Los hijos de ella lo aceptaron inmediatamente —yo también, no lo voy a negar—. No obstante, desde el principio, también aceptamos que su presencia era poco convencional. Desaparecía por días, semanas. Nosotros suponíamos que lo hacía a causa de sus investigaciones y porque no pretendía poner en riesgo a quienes quería. Por otro lado, cuando regresaba, lo hacía para no separarse de mi suegra por semanas enteras. Ella, por supuesto, colmada de amor, no podía más que aguardarlo llena de afabilidad.

En «Mientras huya el cuerpo», Apolo es apenas irónico y con un poco más de desapego hacia los otros. Sería mucho más preciso afirmar que su vida misma era mínima e involuntariamente irónica. En esto no coincide con el modelo. A Apolinario lo rodeaban la ironía y, también hay que decirlo, el absurdo. Sobre él gravitaban la distracción, la ingenuidad y, me atrevería a agregar, una tendencia a estar en la inopia. Descrito de esta manera, costará asumir que estamos hablando de

un sujeto que fue un investigador policial. La realidad de Apolinario era paródica, así cueste aceptarlo. Una realidad dislocada e inaceptable.

Esto me llevó por temporadas a tener serias dudas sobre su personalidad. Llegué incluso a creer que Apolinario era un farsante, que en verdad era un tipo sagaz, meticulado, un agente disfrazado en todo rigor. Como es evidente, aquí empezaron los problemas. La ley, al menos esa ley que representaba Apolinario, se desmembraba día a día durante la década del noventa, y toda lógica, que en principio regula todo relato policial, con o sin golpes y balaceras, iba colapsando ineluctablemente. En aquella época ya nadie se molestaba en utilizar un disfraz.

Disipada estas suspicacias, me decía que hombres como Apolinario, caricaturas del buen investigador, bien podían ocupar puestos en la Policía Nacional, ya que eran los únicos necesarios para que subsista ese gobierno. Antes debo advertir que no puedo acusar a Apolinario de corrupto. En todo caso, si lo fue, se llevó la peor parte. Se conformó con nada y, para colmo, lo echaron de donde real y únicamente pertenecía.

A lo mejor soy complaciente y trato de justificarlo y cubrir algunas de sus intervenciones policiales en las que sus métodos no fueron los más regulares. Y quizás digo todo esto porque es, quiera o no, el modelo que tengo por suegro. Porque es factible que, si todos comenzáramos a tirar de la cuerda, encontremos a un pariente controvertido o condenable, si es que no nos encontramos antes con nosotros mismos.

Lo cierto es que, teniendo tan próximo a mi suegro como referente, llegó el día en el que me atreví a escribir algunos relatos breves valiéndome de lo aprendido sobre el género policial. Así escribí lo hasta entonces salvable y publicable, el cuento «La voz de Apolo». Ese Apolo, digamos, es el proto-Apolo del que aparece en «Mientras huya el cuerpo». Presumo que lo escribí tratando de acercarme al proto-Apolinario del Apolinario que es hoy en día. Quisiera ahondar un poco más en esto; no obstante, sé que no es el momento indicado. De «La voz de Apolo» y la significación de su escritura quisiera referirme más adelante, ya que por ahora me interesa desvelar lo que se aloja dentro del cuento principal de este libro.

En primer lugar, debo confesar que este cuento llamado «Mientras huya el cuerpo», al menos una versión inicial de él, lo escribí con el fin de participar en un concurso de cuento policial y llevarme el dinero del premio. Solo eso. Necesitaba dinero en esos días y el monto del premio era capaz de poner a escribir a cualquiera. Así sucedió. Su proceso de escritura fue bastante rápido, afiebrado; como escriben los poseídos. Suena bien esa imagen de escritor poseso, pero en realidad escribí el cuento en ese estado, movido por las fechas de cierre de la convocatoria. Sin embargo, una vez enviado el cuento al concurso, intuí que había entrado a un terreno peligroso. Me arrepentí apenas abandoné de la oficina de correos. Al instante tuve la necesidad —puedo llamarlo también angustia— de saber de dónde había salido todo en ese cuento. ¿Por qué precisamente esa historia? ¿Por qué Apolo? ¿Es que alguien puede considerar lo escrito un cuento policial? Estas cosas no

pasan sin alguna razón válida. El dinero de por sí ya era una razón, pero no la suficiente. Olvidé el concurso, o mejor dicho, me resigné a no ganarlo, y me dediqué a revisar cada una de sus partes. Por supuesto, me dije, la primera aproximación tendría que ser a mi protagonista.

Hasta aquí lo más simple sería atribuirle todos los rasgos de Apolo al inverosímil Apolinario. No es así del todo. Como ya es popular la frase de Gustave Flaubert: «*Emma Bovary c'est moi*», yo podría decir: «*Apolo c'est moi*»; incluso este Apolinario que describo, mal me pese, tangible para quien quiera comprobarlo, «*c'est moi*». Y digámoslo de una vez por todas: cada sujeto nombrado en estas páginas «*c'est moi*». «*Tout le monde c'est moi*».

Asimismo muchos escritores, bien podríamos hablar de Arthur Rimbaud o Jorge Luis Borges —en realidad a estas alturas da lo mismo quién lo dijo— afirman en su escritura que «yo soy el otro». Bien, aquí —este «aquí» cada vez más relativo— nos topamos con otro problema serio. Pues lo dicho me lleva a la desestabilizadora conclusión de que cuando escribo sobre mí, lo que hago es hablar de otro; al menos de ese otro que se construye y que no se manifiesta más que en la escritura. Un «otro» hecho de palabras quien bien puede llevar mi nombre. Quizás un fragmento de solo Dios sabe qué, albergado a mi pesar. De ese «otro» que podría ser mi compañero o mi verdugo.

Desoladora reflexión: nunca soy íntegramente yo cuando escribo. Solo me resta continuar, con la identidad que sea o pueda, antes de que me volatilice y no sea más nadie.

Si fuera metódico, progresivo en mis apreciaciones, debería haberme referido inicialmente al origen del título del cuento. No lo hice antes, pero lo haré ahora. El título proviene de un capricho de traductor. Capricho que me ha beneficiado, a no dudarlo.

Hace unos años leí un libro que reúne las entrevistas que le hizo el escritor francés, un joven Charles Juliet, al ya veterano irlandés Samuel Beckett. Primero lo leí en una versión española que le pertenecía a un traductor de apellido Escobar. Según se anuncia en el prólogo, los encuentros entre estos dos escritores se realizaron en el apartamento de Beckett entre 1968 y 1977, en París. Desde las páginas iniciales me fascinaron las respuestas del irlandés al tímido pero inteligente Juliet. Durante esta lectura me detuve en un pasaje proveniente de la primera entrevista hecha el 24 de octubre de 1968. En este decía:

Le pregunto por su salud y me habla de ella. Después la conversación gira en torno a la vejez.

—Siempre he deseado tener una vejez tensa, activa... El ser que no deja de arder mientras el cuerpo huye...

Aquella poética respuesta de Beckett no me abandonó nunca. Apenas leerla fue evidente para mí que la utilizaría en algún cuento o novela. Me ha pasado anteriormente con frases o versos cautivantes de otros autores que con cuya sola lectura de inmediato me han impulsado a trazar historias. Por ese motivo no vacilé en tomarla cuando configuraba al enve-

jecido Apolo. En toda la redacción del cuento asumí aquella frase como lema para mi personaje. Se la debía a Beckett y le estuve agradecido por mucho tiempo.

Pero ahora debo agradecer también al traductor Escobar, Julio Escobar, pues el gran interés que despertó en mí aquella lectura me llevó a conseguir la edición francesa y buscar desesperadamente la frase que me persiguió por años. Y lo que hallé fue lo siguiente:

Je lui demande (...) des nouvelles de sa santé. Il m'en donne. Puis la conversation glisse sur la vieillesse.

—J'ai toujours souhaité avoir une vieillesse active... L'être ne cessant pas de brûler alors que le corps fout le camp...

Si bien la cláusula inicial «El ser que no deja de arder» corresponde bastante bien a «*L'être ne cessant pas de brûler*», la poeticidad que yo encontré en «mientras el cuerpo huye» difiere enormemente del coloquial «*alors que le corps fout le camp*». Esta última, dependiendo del registro popular de cada país hispanohablante, podría ir desde «mientras mi cuerpo se largue de aquí» hasta «mientras mi cuerpo se vaya al diablo». Todas estas formas muy lejos de la expresión que me atrajo originalmente.

Me es imposible aceptar que el traductor no supiera de estos matices de la frase. Creo más bien que prefirió mantener el lirismo en boca de Beckett, del Samuel Beckett que Escobar veía a través de sus propias palabras en español. Quiero entender que Escobar no usurpó a este escritor, sino que construyó su propio Samuel Beckett.

Sesión 1

—Mírame... Mírame... Eso... Muy bien. Yo te voy a cuidar, Tina. Vas a estar así, sentadita. ¿Las sogas no te duelen mucho, verdad? No me tengas miedo. A mí no. Yo te voy a cuidar. Solo yo te puedo cuidar. Pero no es fácil. Yo sé que tú me vas a ayudar también. Yo ya estoy empezando a ponerme viejo. Pero el Toto y el Pascualino están un poco locos. Escuchas allá al lado. Sí, es tu amiga Rosa. ¿Son de la misma facultad, no? ¿Oyes lo que le hacen? Yo no quiero que te hagan eso a ti, ves? Van a querer entrar aquí. Van a terminar con Rosa y van a querer entrar aquí... Yo te puedo cuidar. Pero tienes que ayudarme. Si lo haces, yo te cuido. Son ellos los que te han desnudado y amarrado a esta silla... No te va a gustar lo que ellos te quieren hacer. Por eso vas a firmar este papel, ¿no es cierto?

La úlcera de Apolo. No requiero mayores especificaciones médicas para cerciorarme de que si no tomo pronto medidas serias, mi gastritis se transformará en una penosa y crítica úlcera. Transferirle mis enfermedades al personaje, agravadas para este caso, no me ayudaron en nada a erradicarlas de mi organismo. Seguí retorciéndome en los asientos traseros de los taxis, con unos cólicos inaguantables que solo amenguaban con una dosis de calmantes en inyectables. Los desvanecimientos, como en el cuento, sucedieron en más de una oportunidad, ya sea en el propio taxi, como en la recepción de Emergencias o, en el mejor de los casos, tumbado en una camilla. Aceptada esta realidad, mejor era considerar que la afección en Apolo serviría como medidor de su temperamento, sus preocupaciones y los comunes miedos a ese incierto futuro que parece ser una marca en este personaje, por lo demás, no muy distinto del universo de los detectives literarios.

Siguiendo esta lógica, creí oportuno incluir lo de la cocoa a propósito de la úlcera. ¿Por qué cocoa y no café o cualquier saborizante para su taza de leche? Primero, por lo evidente, porque estas pequeñas manías vienen bien a los detectives y a los escritores. Para profundizar algo más en la toma de esta decisión tengo por seguro que la respuesta está en mi propia infancia, aunque no se trata de llegar hasta tales preliminares de mi vida. Solo me permitiré destacar la mención a los envases de esta perjudicial, aunque catalizadora cocoa. Los tarros. Los sobres. Las mejores y más atractivas latas de cocoa las vi en Iquitos. A esta ciudad de la selva viajé siendo todavía pequeño, acompañando a mi madre. Ella había nacido allí y visi-

taba a mi abuela con cierta periodicidad. Yo la acompañé en tres oportunidades y en todas ellas nos alojamos en casa de una tía. Era ella quien compraba estas maravillosas latas venidas del Brasil, cargadas de deliciosa cocoa y *marshmallows*. Nunca más volví a probar otra igual. Por aquel tiempo yo tendría diez años.

Como se ve, poco tardé en decidirme y llegar hasta mi infancia en esa ciudad; a ese viaje a Iquitos que hice con mi madre y en el que —nada es gratuito— hubo un cadáver.

En realidad no hubo un cadáver, sino la historia de un cadáver (que en literatura viene a ser lo mismo). Se trataba de la historia de un joven soldado que andaba de amores con la mayor de mis tías, cuando ellas eran jovencísimas. Según sé, luego de unas pocas semanas de ilusión con ese muchacho, mi tía Consuelo decidió acabar el romance sin dar explicaciones a nadie, ni siquiera al joven enamorado. Ante la sorpresiva ruptura, este tomó otra decisión, igual de inmediata y reservada, que llevó a cabo meticulosamente ese mismo día: asearse, ir a su habitación en silencio, acomodar el mínimo desorden que ya había, escribir una escueta carta, atarse una soga al cuello y pender de esta hasta ser encontrado por su madre a la mañana siguiente. Pero el recuerdo que quiero evocar no se centra en aquella muerte en sí misma, sino en una escena que, si bien es imposible que yo hubiera estado allí, la tengo muy presente, como si la estuviera viendo.

Es un amanecer todavía lluvioso, en un Iquitos de los años cincuenta, aún con muchas calles sin asfaltar. Poco después empieza el escampe y un vaho tibio va colándose por las casas. Mi abuela está bajo el alero, sentada en una mecedora, tejiendo y tarareando alguna canción de entonces. Junto a ella, de ocho años, mi madre está cargando a su hermana recién nacida: una niña que moriría meses más tarde por una afección cardíaca. En ese momento la niña aún vive y se queja de no se sabe qué con un llanto débil. La calle se encuentra vacía hasta que de una de sus esquinas aparece una mujer muy delgada, de pómulos hundidos y con el cabello recogido. Andaba todavía con el paraguas abierto. Mi abuela la ve acercarse y no

deja de tararear su melodía. La mujer llega hasta la casa y se detiene frente a ella. Su silencio desolador hace callar a mi abuela. Un breve mutismo que se afecta solo por el llanto en el que rompe la niña pequeña. Mi madre la mece entre sus brazos con insistencia, tratando inútilmente de calmarla. Como no lo consigue, y sabe que ambas mujeres se sostienen la mirada con impavidez, su nerviosismo la lleva también a llorar. Su llanto es silencioso e incontenible, teniendo que sorber sus mocos para no ahogarse.

—¿Qué se le ofrece, doña Lucilda? —se atreve a decir mi abuela.

—Mi hijo está muerto. Se mató por su hija Consuelo. Porque ella no aceptó el compromiso para casarse con él.

—De veras me apena mucho, doña Lucilda. ¿Qué puedo hacer para ayudarle?

Mi madre y su pequeña hermana prosiguen llorando. Pero ahora mi madre llora porque cree que encarcelarán a su hermana mayor y no la verá más. Mientras esto sucede, Consuelo permanece dentro de la casa, pegando el oído detrás de la puerta y escuchándolo todo y llorando otro tanto. Mi abuela y la madre del joven muerto se quedan nuevamente en silencio, sin bajar la mirada. La mujer huesuda da media vuelta y retoma el camino de tierra mojada por el que había venido. Mi abuela sigue todo su recorrido con la mirada hasta que la ve desaparecer cuando hubo doblado la esquina. Solo entonces le pide a mi madre que le dé a la pequeña, la que habría de morir poco tiempo después.

Tengo mala memoria. No hay duda. Y para colmo me voy por las ramas. En todo caso, es mi manera de referirme a los tarros de cocoa. Estos conllevan a una historia particular y quise ofrecérsela a Apolo. Otorgarle la posibilidad de que, dejando de lado su úlcera, no pueda abandonar la cocoa porque eso significaría eliminar parte de su pasado. Ese pasado no escrito.

En este cuento Apolo no conduce ningún automóvil. Va a pie a todas partes. Las distancias dentro de la historia narrada no ameritaban un vehículo y las caminatas le eran provechosas a Apolo. Apolinario, por el contrario, sí conduce un auto, un Volkswagen del 85, al que difícilmente obliga a superar los 30 Km/h.

Es el colmo de la lentitud. La explicación a esta extrema medida de seguridad vial la obtuve cuando le pregunté cuántos muertos tenía en su haber como policía. Más que el dato de la cifra, yo pretendía averiguar su relación con la muerte, cómo se enfrentaba a ella. Hizo una cuenta con los dedos, dudando de su memoria, como si fuera la primera vez que le preguntaran algo así. Respondió que veinte. Lo dijo con serenidad. En seguida agregó: «todos en accidentes automovilísticos». Pensé que no me había entendido la pregunta. Yo quería saber cuántos habían muerto a causa de enfrentamientos con criminales, de las balas de su pistola. Si los hubo, no me lo dijo. No me atreví a pedirle aclaraciones. Había dicho veinte. Al ver mi cara de desconcierto, él sonrió y me dijo: «A ver, hagamos un recuento».

Empezó a calcular que desde su ingreso al cuerpo de policía había tenido siete accidentes automovilísticos (él, en todo momento, como conductor), a razón de tres muertos por accidente, salvo el último. Y tuvo el descaro todavía de aclarar que él había salido ileso en cada uno de ellos. Luego relató cómo sucedieron cada uno de ellos y pude comprobar que la mayoría de estos accidentes fue realmente un disparate, originados todos por su inveterada distracción. Las víctimas iban

desde simples transeúntes hasta delincuentes, testigos, y sus propios colegas y superiores de la comandancia de policía.

Es cierto que la corrupción no tiene límites, pero ni la propia Policía Nacional dejaría pasar esta negligencia sin castigo. La consecuencia para Apolinario fue pasar mucho tiempo en una carceleta de su propia comandancia. No precisó cuánto tiempo.

Traté de indagar a través de sus palabras algo que me revelara su estado, su verdadera relación con otros muertos. No obtuve nada en concreto. Solamente percibí la actitud que tiene un niño que, al no medir su fuerza, termina por estrangular al pequeño pajarillo que tanto quiere.

—Eso fue hace mucho tiempo —me precisó, como si de ese modo corroborara que estábamos ante un nuevo Apolinario. Y es verdad, al menos en este aspecto. Nunca me he sentido más seguro dentro de un automóvil que con él al volante. Pues para este hombre distinto el gran cambio significó manejar su viejo auto a esta velocidad ridícula en medio de cualquier carretera y ante la mirada intrigada o terribles insultos de los demás conductores. Si algo se había alejado de él era la muerte fortuita. Me animaría a dejar por ahora a Apolinario con la frase anterior; sin embargo, la ironía en su vida es inconmensurable. Pues si bien ya no es causa de ningún accidente, al menos no automovilístico, y ya no se le puede endilgar nuevos cadáveres, la vida lo puso al cuidado de ellos.